

LA LUZ DEL PORVENIR

Gracia: 3 de Julio de 1890.

Preelos de suscricion.
Barcelona un trimestre ade-
luntado una peseta; fuera de
Barcelona un año, id. 4 pesetas
Extranjero y Ultramar un año
11. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION
Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.
SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de suscricion
En Lérida, Mayor 81, 2.º
Madrid, Ballesta, 4, principal
En Alicante, Francisco, 28
Imprenta.

SUMARIO.—Consejos de una aguja.—Á Carmen.—A una joven católica.

CONSEJOS DE UNA AGUJA

Maria acaba de enhebrar la primera aguja. Su rostro, alegre y abandonado, ha tomado un aspecto formal; toda su atencion se reconcentra en la tarea que va á emprender. En vano gorjea su jilguero favorito, en vano el cariñoso gato acude, como otras veces á frotarse en sus rodillas, nada la distrae. Clavar la aguja en la tela sin pincharse, tirar del hilo sin romperle, dar puntadas iguales, es una obra tan distraida, sobre todo cuando se cose por la primera vez!

La niña se figura que es ya una mujer, puesto que trabaja ni más ni menos que su mamá, pero poco á poco los obstáculos se vencen y la tarea parece mas fácil. Al cabo de un rato, Maria respira á sus anchas: la obra va bien; la costura que ha hecho es ya tan larga como el dedo pequeño de su mano: la niña presiente á la mujer.

De pronto una voz casi imperceptible resuena en su oido.

Hé aquí lo que le habla:

„Oye, niña, los consejos de tu aguja. Soy para tí una nueva amiga, pero nuestra amistad debe ser larga, y no debemos abandonarnos la una á la otra en muchos años. Yo seré quien te inspire ideas serias. Ya ves como empiezo á enseñarte á desempeñar en la vida el papel de mujer, puesto que desde el momento en que has comenzado á utilizarme, principias á ser útil á la sociedad. Soy el emblema del trabajo; el trabajo es la vida, la actividad, la dicha; todo trabaja en torno tuyo. Para colocarme en tu manecita, millares de hombres han cavado la tierra, han extraido de sus entrañas el metal grosero; le han fundido, le han purificado, le han pulimentado, y á fuerza de trabajar han conseguido producirme tal como me ves, brillante, fina y ligera. Para elaborar la tela que estás cosiendo; millares de trabajadores tambien han soportado el sol en ardorosos climas; otros, moviendo las máquinas inventadas por la ciencia, han hilado y tejido el último vellon blanco que numerosos barcos han traído de allende los mares. Para darte el hilo que has enhebrado en mi, infinidad de hombres han labrado la tierra, sembrando la simiente, que Dios ha hecho germinar y desarrollarse. Seca la planta, otras manos la han cojido, y de su tallo muerto, han sacado este hermoso hilo, tan blando y tan suave. Como ves todos han trabajado para tí; trabaja á tu vez para todos con arreglo á tus fuerzas, sé la alegría de la casa, el ángel del hogar; alegra los dias de tu padre cuando vuelva fatigado del trabajo; brinda la feli

idad á tu madre, para que sus sinsabores y sus tareas le sean mas gratas. Tú, hermosa niña, que aprovechas ahora el trabajo de todos y cada uno, respeta siempre al mas humilde de los trabajadores, y hazte digna de ocupar un dia el puesto que entre ellos te está reservado.

.....
 Maria ha crecido, y ya es una jóven. Su madre sonrie al contemplarla, dice: "Está tan alta como yo." Maria está sentada cerca de la ventana, y su frente orlada por espesos hermosos bucles, se inclina hácia la labor, sus pies descansan en la sillita que le servia cuando era niña; la aguja fiel se desliza entre sus dedos, y como siempre, la habla callandito

¡Quince años, Maria,—le dice,—quince años borrados de tu vida! Esta noche festejos, flores, votos por tu ventura. Algunos te felicitarán, y si los oyes, la vida que te espera será un paraiso perfecto: pero á pesar de tus pocos años, has visto ya muchas lágrimas y has sufrido no pocos pesares. Otros te dirán que al cumplir los quince años, al abandonar la infancia, has perdido el mejor tiempo de tu existencia. No los creas tampoco: cada edad tiene sus deberes, y Dios ha unido á cada deber una alegría especial: Prosigue tu marcha, y que tu corazon no olvide la sencillez, la sinceridad. No tiembles, no echés nada de menos, no pidas á la vida lo que no pueda darte. Sé siempre fiel para conmigo: la ociosidad es una mala consejera, y las manos que están ocupadas carecen de tiempo para hacer daño. Las tuyas, gracias á mí, son diestras y ágiles, saben emplearme para embellecerte al mismo tiempo. Así me gusta, adórnate, sé la gracia y el encanto de tu casa, de la casa donde has nacido; mas tarde, la gracia y el encanto de otra casa que crearás tú: pero entonces; como ahora empléame con utilidad. Ves á esos pobres niños casi desnudos?... Me has comprendido al reemplazar los encajes y las cintas con esas telas bastas. Has más: enseña á esa pobre niña lo que tu sabes; que amaestrada por tí pueda coser sus vestidos y los de sus hermanos. La aguja de una mujer es una varita de virtudes, y gracias á ella, la mas pobre puede unir á lo necesario algo de lo supérfluo. Lo que tu sabes solo te pertenece á condicion de que lo enseñes á los demás.

.....
 Maria es ya mujer, la aguja fiel permanece siempre en su mano. Vedla con que afán cose camisitas, chambras, pañales, mantillas. De cuando en cuando mira su labor y sonrie; recuerda el tiempo en que confeccionaba aquellas prendas para sus muñecas. Pero se trata de un sér viviente, un hijo amado que espera aquellos regalos, y la madre, entusiasmada, apenas nota la fatiga que produce en ella el asiduo trabajo. Si alguna vez descansa un segundo, pronto reanuda la tarea. La aguja, complaciente, parece tener alas en sus manos pero no por eso deja de hablarla.

"El trabajo te fatiga—le dice; sufres; el cansancio te obliga á pararte á cada instante, y sin embargo, la alegría llena tu alma, y eres feliz por fatigarte y por sufrir. ¿En qué consiste esto? En que en esa tarea empieza el hermoso papel de madre que vas á representar. El huésped á quien esperas, en quien piensas al mismo tiempo que palpita dulcemente tu corazon, exigirá de tí otros sufrimientos y otras fatigas; vigiliás cerca de su cuna, continuos cuidados, inquietudes sin cuento, preocupaciones del porvenir, la felicidad del trabajo; hé aquí la vida que te espera. Lo sabes, y sin embargo, no tiembles, no necesitas que te aliente; ¡tal es el amor que te inspira ese hermoso sér á quien muy en breve vas á llamar hijo! Toda tu vida se ha trasmitido á él, en él encontrarás todos tus deseos, y todas tus esperanzas, todos tus sueños. De buena gana querrias vivir en el tiempo en

que las hadas colocaban su varita de oro sobre la cuna de los recién nacidos.

“No vayas tan lejos: Dios coloca al lado de cada niño una hada mucho mejor que aquellas, una hada llena de amor, llena de fé; ella es la que labra el destino de su hijo. Su poder es limitado; pero si ella no puede dar al niño ni la belleza, ni la riqueza, ni el poder, está en su mano, en cambio, darle una buena conciencia; la moderación de sus deseos, el imperio de su propio corazón. Esa hada es la madre; eres tú, María, joven ayer, casi niña aun, y que serás mañana depositaria de lo más sagrado que hay en el mundo; de una alma ignorante todavía del bien y del mal. Ten mucho cuidado, María, al educar esa alma. Nada es indiferente; todo debe germinar y dar fruto para la salvación ó la perdición de esa criatura que Dios te confía, y de la que un día te pedirá estrecha cuenta. Que su cuerpo sea hermoso ó feo, que desempeñe en el mundo un papel humilde ó brillante, poco importa; lo que es necesario es que en su vida el bien se sobreponga al mal. Piensa que no podrás hacer que sea tu hijo más que lo que tú eres. Si careces de fuerzas contra sus caprichos, no podrá aprender de tí la resignación; si eres su esclava, no aprenderá jamás la dignidad; si ve que eres egoísta, injusta ó frívola, no aprenderá de tí ni la abnegación ni el raciocinio, ni la justicia. Trabaja, pues, María, para perfeccionar tu alma, sobre la cual ha de modelarse el alma de tu hijo. Créeme y sigue mis consejos, porque, ya te lo he dicho varias veces, yo soy el emblema del trabajo, y el trabajo inspira los buenos sentimientos.”

Los años han pasado con la mayor rapidez. María, pálida y marchita, está sentada en un sillón. Una almohada sostiene su cabeza coronada de blancos cabellos y sus manos arrugadas caen sin fuerza sobre sus rodillas. Su nietecilla, hermosa niña de mejillas sonrosadas, está sentada en un taburete. Nunca se aparta de su abuelita, y la anciana cree ver en ella su propia infancia sonriéndola á través del pasado.

María es vieja, ha estado enferma y aún no ha recuperado sus fuerzas. ¿Las reparará? ¡Dios lo sabe! La pobre extiende su mano temblorosa hacia la canastilla de la labor y busca una costura comenzada; pero la aguja no obedece ya á sus dedos y la labor se cae de sus manos. ¡Pobre María!

—¡Todo ha concluido para mí! exclama.

Y una lágrima corre por sus mejillas. Aquella lágrima es una despedida al trabajo, á la vida, á la felicidad que produce ser útil á los demás.

Pero la aguja, su fiel é inseparable amiga, comprende su pensamiento y la dice:

“Consuélate María. Empieza á anochecer, pero el día ha sido hermoso. Tu tarea ha terminado. Por fortuna no hay remordimientos en tu alma; las fuerzas te faltan antes que el ánimo; descansa que bien lo mereces. Familia, amigos, todo lo que te rodea te ama y te honra. Has pasado por el mundo haciendo el bien; que esta idea ilumine tus últimos años. Pronto tus ojos debilitados se cerrarán para volverse abrir á la luz eterna; ya no tengo más que aconsejarte. Adios, María, colócame en las manos de tu nietecita.”

M. P.

À CARMEN.

(EL MIEDO)

Dicen que tienes miedo
Querida mia,
¿Por qué? ... si es tu conciencia
Cual la luz del día?

¿Si tus hermosas alas
Aun no has tendido,
Si tus padres te prestan
Su dulce nido?

Si todos tus hermanos
En tí se miran;
Si niños pequeñitos
Por tí deliran.

Si aún comprender no sabes
Qué son enojos,
¿Porqué sintiendo espanto
Cierras los ojos?

¿Por qué has de ver visiones
En tu delirio?
¿Porqué un horror sin nombre
Te dá martirio?

Tiemble el alma traidora
Qué noche y día,
Estudia sigilosa
La hipocresía.

Tiemble el que con cautela
siembre cizaña;
Que el que males produce
Sólo á él se daña.

Pero tú, casta virgen
De dulces ojos;
¿Porqué en lugar de flores
Pisas abrojos....?

¿Cuando aun de la inocencia
Tienes las galas;
cuando aun te prestan sombra
Tus niveas alas!.....

Cuando aun tu linda boca
Mentir no sabe,
Y de la paz del alma
Tienes la clave

¿Por qué has de ver figuras
Aterradoras?
¿Por qué en febril insomnio
Cuentas las horas?

Díle á tu pensamiento:
«No me atormentes;

No quiero ver fastasmas
Ni me violentes.»

No quieras ver; y entonces
Dulce bebeno
Te brindará amoroso
Plácido sueño.

¡Sueño de la inocencia!
¡Sueño bendito!
Sueño que rasga el velo
Del infinito!...

Ten miedo únicamente
De hacer agravios,
Y de que la mentira
Manche tus labios,

Ten miedo á las palabras
De ciertos seres,
Que te aconsejen faltes
A tus deberes.

Ten miedo á los delirios
De las pasiones,
¡Qué son tan engañosas
Las ilusiones!

Ten miedo á unir tu suerte
Con la de un hombre,
Que por desear tu cuerpo
Te de su nombre.

Que la unión de dos cuerpos
Querida mia,
Sin el amor del alma
Es flor de un día!....

Ten miedo á ser mañana
Madre sin hijos,
Y á tener en su tumba
Tus ojos fijos.

Ten miedo á los azares
De la existencia,
Y á perder el reposo
de tu conciencia.

Pero mientras disfrutes
De dulce calma,
Y en atmósfera pura
viva tu alma.

No malgastes tu tiempo
Soñando enojos.
No cierres con espanto
Tus bellos ojos.

Antes por el contrario, eleva tus miradas,
Contempla de los astros su vivido fulgor;
Y á tu razon pregunta «¿Qué habrá en esas moradas?
Se enlazarán las almas por medio del amor?»

«Deslizará la vida en plácido reposo?
¿Disfrutarán los séres de eterna juventud?
¿Tendrán para entenderse un canto melodioso?
¿Le rendirán un culto ferviente á la virtud?»

«¿Podré tender mis alas? veré un dia esas regiones
Que giran impulsadas por fuerza sin rival?»
Emplea niña tu tiempo en estas reflexiones
¡Procura engrandecerte, sublima tu ideal!

Ten miedo á estacionarte, de absurdas religiones
No aceptes los misterios: porque hay tras su capuz
El estacionamiento de las generaciones:
¡Y tu niña querida debes amar la luz!

Ten miedo á las iglesias y á los confesonarios
Que en ellos nada bueno aprende la mujer,
El alma no se eleva con rezos rutinarios
Sinó se sacrifica en aras del deber.

Ten miedo á la asechanza de astuto jesuita,
Que siempre sus palabras te inspiren repulsión,
No dejes que profane tu candidez bendita
El hombre que no tiene ninguna religión.

Ten miedo á sus halagos, conducen al abismo,
No busques consejeros estraños á tu hogar;
No caigas en las redes de ciego fanatismo,
No eleves tus plegarias ante ningun altar.

Para rezar elige las noches silenciosas,
Contempla de los astros su mágico esplendor,
Háblale á Dios entonces con frases amorosas.
Sin miedo, sin temores, que Dios todo es amor,

Confíale tus secretos, y si un intermediario
Tu crees que necesitas, tu madre lo será;
Los brazos de tu padre que sean tu santuario,
Su paternal consejo aliento te dará.

Adios niña querida,
Cese tu miedo,
Si alguna vez escuchas
Que te hablan quedo:

No tiembles, no te agiten
Tristes ideas;
Es que tus padres dicen
¡Bendita seas!.....

Amalia Domingo Soler.

A UNA JOVEN CATOLICA.

Ya clarea el alba, hermosa joven, se acerca la aurora, y con ella el momento en que, siguiendo la rutina, profundamente conmovida por el respeto, quizá por un temor ridículo, te acercarás al altar para asistir al *sagrado* festín.

Sí, linda jóven; siguiendo la rutina, veo encaminas tus pasos á la iglesia, donde te sigo, y ya escucho en el silencio de esa iglesia, silencio tan grande que fácilmente se pudiera oír el leve ruido que produjera la araña al tejer su tela; ya escucho, repito, las oraciones que con trémulo labio balbuceas; ya, con hondo pesar, te contemplo en el momento más... más... ¿cómo diré? en el momento más repugnante, según mi herética opinion; en ese momento en que, semejante á lozana y pura flor arrojada á un abismo, te aproximas con tu puro espíritu al negro confesonario, si negro por su color, mucho más negro por los secretos horribles que en él se deslizan. ¡Ya estás en el *tribunal de la penitencia!* ¡Tú, pura niña, en ese tribunal ante el que desfilan, con la asquerosa desvergüenza de la maldad, que sabe que sus vicios todos quedarán ignorados, tantas impurezas, crímenes é infamias!... ¡Oh, sí! La duda no es posible: veo tu lindo rostro pegado á la rejilla. Veo también que ese rostro siempre sonrosado se enciende más y más con ese color que solo el pudor ofendido le dá. ¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué descorrer el velo de lo ignorado á los ojos de la inocencia!... ¡Hermosa joven! ¿Por qué eres tan crédula ó tan poco enérgica, que consientes en confiar á ese ser de negro ropaje y conciencia negra tus secretos más sagrados?... ¡Amas! Y bien, amar no es pecado. Amar, es hallar el sér en quien se puede fijar esa vaga necesidad de ternura infinita que atormenta á los espíritus nobles; es vivir en otro corazón, sufrir con sus dolores y disfrutar con sus goces. Además, el amor debe sér ciego, no debe ver los defectos del sér amado, como no sea para transformarlos en perfecciones; por dar la dicha á ese sér debemos hacer el sacrificio de nuestros propios gustos y deseos. ¿Por qué? ¿Por qué tu pensamiento á impulso de indiscretas preguntas, que no debieran dirigirte, que tu debieras negarte á contestar sin temor á imaginarios castigos; por qué tu pensamiento, que vagaba por el mundo puro é ideal con que soñamos á los 15 años, ha de descender á la realidad de la vida? ¿Con qué derecho se empaña el pensamiento blanco, dejando caer sútilmente y como al descuido, otros pensamientos negros?...

Escucha bella niña: allá, en la sombra de un pilar, un bello jóven, casi un adolescente, pues apenas tendrá 19 años, te contempla; yo he visto crispase sus manos al doblar tú la rodilla ante el confesonario, y ahora, al apartarte de ese sitio con los ojos llenos de lágrimas, veo que un relámpago de ira cruza por sus azules ojos. ¿Por qué esas lágrimas, alma pura? ¿Acaso el de negro traje te negó una absolución, que para mí no es más que un simple detalle de la comedia católica? Si esto es la causa de tu llanto, torna ese llanto en risa, y después... después... (no te escandalices por el consejo!); después, reflexiona sobre esas creencias que te impusieron, y, créeme, deja de preocuparte de absurdos, deja de creer sagradas farsas hipócritas y desprecia nécias presunciones. Observa, quiero que conste que no trato de imponerte mis creencias; esto queda para los católicos; yo, es sencillamente un consejo el que te doy; es que mi corazón protesta y alza indignado su voz siempre, no ahora solo, siempre que entro en una iglesia y contemplo la inocencia humillada á los pies del vicio, quizá del crimen. (De alguno sé, oído el relato de sus mismos labios en cierto sermón, relato que él dice se impone de penitencia como expiación á su pecado; de alguno sé, repito, que hoy arrastra hábitos obispales, y, allá en su pensamiento, entre otros recuerdos más ó menos negros, tiene el de cierto medicamento con que á sabiendas causó la muerte de un su pariente, con el *santo* y puro fin de heredar más pronto.) Créeme, pues; si es por que el de los negros hábitos te niega su absolución por lo que el llanto empaña tus hermosos ojos, no llores más, inocente niña; ¿qué falta te hace, ni

para qué te sirve á tí, todo candor, todo pureza, la absolución de un cura?... ¿Mueves la cabeza indicando que no es esta la causa de tu llanto?... ¡Ah!... ¡Comprendo!.. Tu límpida mirada, radiante de amor y pasión, busca al bello adolescente, que en la sombra de un pilar asiste á la lucha que mantienen tu corazón y tus sentidos: se trata de él, ¿no es cierto?... ¿Es que la penitencia impuesta consiste en renunciar á su amor?... ¡Guardas silencio! Luego, ¿es esta la causa de tu llanto?...

Pues... créeme, te digo una vez más; examina detenidamente las creencias que te impusieron, y déjate de fantásticas quimeras que rayan en ridiculeces. Tu amante corazón ¿rechaza la penitencia impuesta? Pues, déjala á un lado, no la cumplas, nada pierdes por ello.....

¡La eternidad!...—exclamas.—¿Acaso olvidas el premio ó castigo que hemos de recibir en la otra vida.,—me preguntas...

En verdad, hermosa jóven, tu credulidad me apena: ¿quien te asegura que despues de esta hay otra vida?... Arguyes que en todo caso, si nada hay, nada tampoco perdemos por creer; pero, ¿y si realmente existe algo y no hemos creído?...

¿Y si, lo que es mas probable (pregunto yo), no existe nada, y, amedrentada con la creencia del castigo, atenta solo á las prácticas católicas con que crees ganar una dudosa recompensa en un mundo mas dudoso aun; si en la creencia de que es realmente Dios quien por boca de sus sacerdotes te manda rechazar al hombre á quien amas violentando tu corazón, cumples el mandato, labrando así tu eterna desgracia en esta vida percedera?... ¿Sabes, inocente niña, sabes lo que es parecer despreciable á los ojos del sér á quien se adora con frenesí?... ¿Sabes lo que es para la mujer amante, ver en los labios del hombre que un dia murmura á su oido palabras de apasionada ternura, sabes lo que es ver en esos labios una amarga sonrisa de ironía?... Es morir bajo el cortante acero sin que llegue nunca al fin de la vida; es apurar de un golpe todas las penas que pudiera haber en el infierno.

Créeme inocente niña, no labres tu desgracia: lo único para merecer ser recompensada en un mundo puro como debe ser el mundo en que tan cándidamente crees, un mundo en que la verdad no cede ante la hermosura ó el favoritismo; en que, en los tribunales de la alta sociedad, la justicia no calla ante el oro; en que el que ame á su esposa no sea vendido por su esposa; en que el que manchó su frente con el crimen no sea colmado de honores: lo único para merecer recompensa en un mundo así, es hacer bien en este mundo menos perfecto.

Sí, inocente niña: hacer bien es lo único que merece aplauso y premio; y, para hacer bien, cree que no hay necesidad de arrastrarse por el suelo de las iglesias, ni mucho menos profanar nuestros sentimientos mas íntimos confiándolos al primer extraño. Extraño, sí; pues por mas que tú creas lo contrario, ese que se dice á sí mismo ministro de Dios, está mas lejos de Dios que tú, pura niña. Para hacer bien no hay necesidad, no mil veces, de despojarnos de nuestra voluntad y encadenar nuestra vida. ¿Ves esa niña, como tú radiante de hermosura, que desdeña los ritos que tú crees sagrados, y admirando la naturaleza ve deslizarse los momentos de su envidiable juventud en socorrer al desgraciado, consolar al afligido y saciar el hambre del menesteroso?... Esa hace bien. ¿Ves esa jóven de noble ademán, de bellas facciones, de ondulosa cabellera, que, despreciando la hipocresía y las prácticas católicas, emplea el tiempo en el cumplimiento de sus deberes?... Esa es buena, esa hace bien. ¿Ves esa esposa que huye de la iglesia, y, encerrándose con su esposo en el lugar mil veces mas santo del hogar, donde retirada de doctrinas engañosas, goza mas tranquila su vida, consagra todos sus desvelos al objeto de

su cariño y cuida é instruye á sus pequeños hijos?.. Esa es buena, esa hace bien.

¡Oh, sí, bella jóven! No lo dudes. La mujer que de estas cualidades se halle revestida, es buena y hace bien. Su objeto es sagrado, su mision es santa. ¡Qué figura tan noble la de esas madres que en la tranquila paz del hogar enseñan á sus pequeñuelos á apagar el rencor, sentimiento vil que no debe tener cabida en corazones puros; què figura tan noble al lado de aquellas otras figuras que en la oscuridad de una iglesia, con perversa intención encienden entre hermanos la tea de la discordia!

Medita, bella jóven, medita: puro es ese hemoso cielo que se extiende sobre nuestras cabezas; puras, muy puras, son esas flores que nos regalan su aroma embriagador; puras, mucho más puras que tú son también esas lindasavecillas que nos alegran con sus cantos. Ninguna absolucion les ha dado esa pureza. ¡Tú, inocente niña, eres pura tambien. ¿Cuál es tu único delito?... ¿Amar?... Amar es la principal misión de la mujer.

¡Cómo! ¿Optarás por una religion que te ordena algo que tu conciencia rechaza, como es el que odies al que amas porque no es católico como tú?... ¿Desgarrarás un corazón que te adora, desoyendo la voz de tu propio corazón que te ordena amar?...

¡Oh, no, hermosa y pura jóven! No desoigas esa voz que te ordena amar: cumple su mandato. Haz todo el bien posible, sé buena esposa primero, buena madre después, y cumpliendo esta santa y verdaderamente sagrada misión, serás siempre amada de tu esposo, querida y respetada de tus hijos; y al cerrar tus ojos á la luz, como sembraste el bien, recogerás el culto eterno que á tu memoria guardarán tus descendientes, y, allá sobre el mármol que perpetúe tu nombre, no faltarán las flores, que regadas con sus lágrimas, irá á llevarte el agradecimiento.

¿Vacilas aun, bella jóven? ¿Rechazarás ciega un premio probable, casi seguro, por otro dudoso y hasta imposible?...

No lo creo: tu inteligencia ansía luz, y el amor con sus sublimidades alumbra tu camino.

ESPERANZA PÉREZ.

Junio, 12, 1890.

Suscripcion permanente para las ancianas Soriano.

D. M. Navarro Murillo, Trujillo, 1 peseta —D. Tomás Cerbera, Javea, 2.50 id. Vizconde Torresolanot, Barcelona, 1 id.—El Angel Araceli, Gibraltar, 1 id — Secilia Mañez, id., 1 id — Maria Fernandez de Estopa, id., 1 id.—Ana Estopa, id., 50 cénts.—Dom nga Estopa, id., 1 pta.— Eugenia N. Estopa, id., 1 id. — Arturo Estopa, id., 1 id.—T. E. id., 1 id. 50 cénts.—José M. Ana, id., 1 id.—Centro Espiritista, id., 2 id. 50 cénts.—Regima Gollane, Coruña, 1 id.—M. S. Benito, Guadalajara, 1 id.—Pablo Goday, S. Carlos de la Rápita, 1 id.—Tomás Campano, Portugalete, 50 cénts.—Salvador Selles, Madrid, 2 ptas.—Eduardo Rodriguez, Arrecife Canarias, 1 id.—Centro Espiritista de Andújar, 2 id. 75 cénts.—Total 25 pesetas 25 céntimos.

Andújar á 31 de Mayo 1890.

Imprenta de Cayetano Campins, Santa Madrona, 10.—Gracia.